

PAUL THOMPSON

La voz del pasado.

Historia oral



EDICIONS ALFONS EL MAGNÀNIM
INSTITUCIÓ VALENCIANA D'ESTUDIS I INVESTIGACIÓ

PAUL THOMPSON

LA VOZ DEL PASADO LA HISTORIA ORAL

Traducido del inglés por
JOSEP DOMINGO

Prólogo de
MERCEDES VILANOVA

EDICIONS ALFONS EL MAGNÀNIM
INSTITUCIÓ VALENCIANA D'ESTUDIS I INVESTIGACIÓ

1988

LA ENTREVISTA

ENTREVISTAR con éxito requiere técnica. Pero hay muchos estilos distintos de entrevistar; desde la aproximación amistosa, informal, hasta el cuestionario más formal y controlado. Y los buenos entrevistadores ponen en práctica aquella variedad del método que eventualmente les proporcione mejores resultados y se adapte mejor a su personalidad. Existen algunas cualidades esenciales que debe poseer el entrevistador: un interés y un respeto por las personas en tanto que individuos, y flexibilidad para con ellas; una capacidad de demostrar comprensión y simpatía hacia sus puntos de vista; y sobre todo una predisposición a sentarse y escuchar. Aquellas personas que no sepan callarse, o resistirse a la tentación de contradecir o asentir con sus propias ideas a un informante, se llevarán una información carente de utilidad o positivamente equívoca. Pero la mayoría de personas puede aprender a entrevistar bien.

El primer punto es la preparación, mediante las lecturas o por otros medios, de la información básica. La importancia de esto puede variar en gran medida. La mejor manera de empezar los trabajos puede ser la realización de entrevistas exploratorias, estructurar un campo y recoger ideas e información. Con la ayuda de ellas se puede delimitar un problema y localizar algunos de los recursos para resolverlo. La "entrevista general de recopilación" en los inicios de un proyecto local, al igual que la "entrevista piloto" de un gran sondeo, puede constituir una etapa muy útil. Y por supuesto que no tiene ningún sentido realizar entrevista alguna a menos que el informante esté, en cierto sentido, mejor informado que uno mismo. El entrevistador va a aprender, y es de hecho con ese espíritu como a menudo consigue que la gente hable. Por ejemplo,

Roy Hay constató en su investigación de los astilleros Clyde-side que muy a menudo "se puede sacar buen partido de la propia ignorancia. En muchas ocasiones los viejos obreros celebraban mis ingenuas preguntas con divertida tolerancia y me decían 'No, no muchacho, eso no era así ni mucho menos', a lo que seguía una gráfica descripción de la verdadera situación".¹

Sin embargo, por lo general es cierto que cuanto más sabe uno, más predispuesto está a obtener información histórica de una entrevista. Por ejemplo, si el relato de una decisión política o de una huelga se ha establecido básicamente a partir de los periódicos, será posible situar exactamente la participación del propio informante en los hechos, identificar dónde puede haber tenido una experiencia directa o una observación de los mismos, cuáles son los recuerdos que le han llegado a través de terceros y localizar las interferencias entre los recuerdos de acontecimientos similares acaecidos en momentos distintos (como las dos elecciones generales de 1910 o las huelgas de 1922 y 1926). Esta información básica puede haber sido establecida a su vez por medio de entrevistas, como es el caso de la reconstrucción sistemática de la persecución judía y su resistencia en la segunda guerra mundial, o del movimiento partisano local en Italia, donde un testigo puede corroborar en detalle, hora a hora, los acontecimientos de un día de 1944 en que una familia fue destruida.

Un control de los detalles similar puede establecerse para una entrevista biográfica cuando se trata de una personalidad pública, o de un escritor o de alguien que posee suficientes papeles personales. Aunque se dispondrá de algunos materiales —como sus propios escritos— antes de comenzar a entrevistar, pueden producirse más como resultado de las primeras entrevistas, lo que puede dar lugar a una correspondencia, al descubrimiento de más documentación y eventualmente a más entrevistas a otro nivel. Por supuesto que no todos los informantes relevantes se prestarán a un proceso de investigación paso a paso. Thomas Reeves se encontró con que entrevistar a los intelectuales liberales americanos exigía una preparación excepcionalmente concienzuda y minuciosa. Con frecuencia estaban demasiado ocupados como para acceder a algo más que entrevistas breves, de modo que era esencial plantear "unas preguntas específicas que implicaban un alto nivel de infor-

mación previa". Peor todavía: si "se mostraba dubitativo o parecía dar palos de ciego, la relación establecida en la entrevista podía deteriorarse rápidamente. Los intelectuales liberales parecen especialmente interesados en poner a prueba tus credenciales de historiador oral examinando tus conocimientos del tema en cuestión. A menudo tenía la impresión, sobre todo al comienzo de una sesión de entrevista, de que me estaban entrevistando a mí... Son estratagemas propias de su status".²

Unos informantes tan exigentes son poco abundantes. No obstante, aun en el caso de un estudio histórico más general de una comunidad o una industria, es importante captar cuanto antes los usos y la terminología locales. John Marshall, por ejemplo, señala lo equívoca que podría ser en los pueblos algodoneiros de Lancashire la pregunta "¿A qué edad dejó usted la escuela?". Una antigua tejedora contestaría que a los catorce; y sólo porque él sabía que la mayoría habían estado trabajando a media jornada en los telares mucho antes de dejar la escuela, hecho que ellas daban por supuesto, continuaría preguntando "¿Cuándo empezó a trabajar?".³ Muchos historiadores orales han constatado que un conocimiento básico de las condiciones de trabajo es útil de cara a establecer un respeto y una confianza mutuos. Ya Beatrice Webb, décadas antes, hacía la misma consideración con su característica agudeza:

Examinar a fondo a un inspector de fábrica sin entender la diferencia entre una fábrica y un taller... es una impertinencia. Es especialmente importante estar familiarizado con los términos técnicos y hacer un uso correcto de los mismos. Ponerse a entrevistar a cualquier especialista sin ese bagaje no sólo será una pérdida de tiempo, sino que además puede conducirnos a una despedida más o menos cortés tras unas pocas consideraciones generales y alguna opinión trivial... Pues los términos técnicos... son otros tantos resortes para hacer emerger a los niveles de la conciencia y de la expresión los hechos o conjuntos de hechos más abstrusos y tangenciales; y son exactamente estos hechos más ocultos los que hacen falta para completar análisis descriptivos o verificar hipótesis.⁴

Esto no es válido para el especialista tan sólo. La misma "impertinencia" es someter a una serie de trabajadores de una comunidad o industria a un interrogatorio sin haberse asegu-

rado, en la medida de lo posible, de que las preguntas son históricamente relevantes y de que están correctamente formuladas en el contexto local.

Un estudio de mayor magnitud del cambio social, que dependa de un espectro de informantes relativamente amplio, exige también una preparación particularmente cuidadosa del formulario de preguntas antes de entrevistar. Hacer las preguntas de la mejor manera tiene en toda entrevista una clara importancia. Éste es, no obstante, un asunto que puede suscitar polémicas entre los historiadores orales. Puede establecerse una oposición entre los llamados "cuestionarios cerrados", cuyo modelo lógico rígidamente estructurado inhibe tanto la memoria que el "demandado" —una vez más la elección del propio término es sugestiva— se ve constreñido al uso de monosílabos o respuestas muy cortas; y, en el otro extremo, no tanto una "entrevista" como una "conversación" libre en la que "se invita a hablar" a la "persona", "custodio de la tradición", "testigo", o "narrador", sobre un asunto de interés mutuo.⁵ Lo cierto es que para obtener un material de calidad se requiere una gran destreza y un informante muy bien escogido. Como explica George Ewart Evans, hay que permanecer "relajado, sin prisa" y dando al informante "todo el tiempo para ir y venir... Dejar que la entrevista siga su curso. Yo nunca trato de dominarla. En todo caso conducirla y hacer las menos preguntas posibles... Todo el tiempo y toda la cinta, y pocas preguntas".⁶ Esas pocas preguntas han de estar basadas en una larga experiencia y combinadas con una idea clara obtenida de antemano de qué puede decir cada informante concreto.

La razón más poderosa en pro de una entrevista que discurra libremente se presenta cuando su objetivo principal no es la obtención de información o evidencia por sí mismas, sino un registro "subjetivo" de cómo un hombre o una mujer contempla su vida en conjunto o una parte de la misma. Precisamente el modo en que hablan de ella, cómo la ordenan, qué enfatizan, qué omiten, las palabras que escogen, son importantes para la comprensión de toda entrevista; ahora bien, a estos efectos, las entrevistas se nos presentan como el texto fundamental a examinar. Por lo tanto, cuanto menos incidan en su configuración las preguntas del entrevistador, tanto mejor. No obstante, la entrevista totalmente libre no existe. Para comenzarla, hay

que establecer un contexto social, explicar los motivos, y formular al menos una pregunta inicial; y todo ello, junto con algunas suposiciones tácitas, crea unas expectativas que configuran lo que ha de seguir. Los experimentos en este terreno se han manifestado generalmente molestos: "tendía a resultar una exposición breve, incluso lacónica" según Janet Askham, simplemente porque "no sabían qué era lo que me interesaba". Las narraciones fluían mucho más libremente cuando ella empezaba a preguntar.⁷ Se impone un término medio, también para este objetivo.

En el otro extremo, el clásico sondeo en busca de la evidencia "objetiva" apunta hacia un espejo de incompreensión. Ken Plummer, al hacer un repaso de las instrucciones que se encuentran en los libros de texto sobre metodología, concluye que "depurar la investigación de todas estas 'fuentes de sesgo' es depurarla de vida humana". En una entrevista debería plantearse la identificación de las fuentes de sesgo, importantes para la comprensión social, más que pretender que pueden ser anuladas por "un investigador cuyo rostro no trasluzca los sentimientos".⁸ Por otra parte, ningún historiador oral, que yo sepa, ha abogado por el estilo de entrevista inflexible a base de un cuestionario rígido.

En realidad son las necesidades derivadas de un determinado tipo de investigación lo que hace esencial que las preguntas se planifiquen de antemano: por ejemplo en un proyecto en que el trabajo de entrevista haya de ser compartido por un equipo, o en el que se vaya a utilizar entrevistadores pagados, o en los casos en que el material haya de ser utilizado para unas comparaciones sistemáticas. Las ventajas y los inconvenientes de "las dos escuelas de entrevista" son acertadamente sintetizadas en una oposición más cualificada por Roy Hay:

En primer lugar está la aproximación "objetiva-comparativa" generalmente basada en un cuestionario o al menos en una entrevista muy estructurada en que el entrevistador tiene el control y hace una serie de preguntas comunes a todos los interrogados. La finalidad aquí es producir un material que trascienda a los entrevistados en concreto y sea utilizable a efectos comparativos... En manos de unos entrevistadores flexibles y sensibles, que estén

dispuestos a abandonar el guión cuando sea necesario, esta aproximación puede generar un material realmente muy útil, pero puede ser fatal. Una línea de indagación prometedora se ve estrangulada con demasiada facilidad y, lo que es aún peor, se fuerza a las personas a incrustarse en un marco preestablecido por los entrevistadores, y extensas y relevantes áreas de experiencia no se examinan nunca.

En el otro extremo se encuentra el diálogo libre y fluido entre entrevistador y entrevistado, sin un modelo prefijado, en el que se sigue la conversación lleve adonde lleve. Este método nos lleva ocasionalmente a unas líneas de indagación completamente nuevas e insospechadas, pero puede degenerar muy fácilmente en poco más que un chismorreo anecdótico, y producir kilómetros y kilómetros de cinta inútil y unos problemas de selección y transcripción imposibles de resolver.⁹

Detrás de todo esto está también el efecto de las personalidades implicadas en cada entrevista en particular. Algunos entrevistadores son de natural más charlatanes que otros y pueden de ese modo sacar partido de un informante, aunque eso es relativamente poco frecuente y un efecto más común puede ser que la gente se quede callada. Y los informantes varían desde los que tienen más facilidad de palabra, que necesitan pocas preguntas, simplemente para dirigirlos y hacerles aclaraciones, a los relativamente lacónicos que, si se les anima un poco, se les plantea unas preguntas abiertas, y si acaso se les apunta, pueden revelar unas memorias mucho más ricas de lo que en principio cabía esperar.

Existen unos cuantos principios básicos de la formulación de preguntas, aplicables a toda entrevista. Las preguntas siempre deben ser lo más claras y directas posible, en un lenguaje usual. No formular jamás preguntas complejas ni dobles: por lo general sólo contestarán una de las partes, y probablemente no quedará claro cuál de ellas. Evitar una formulación que tienda a obtener una respuesta poco clara: por ejemplo, preguntar "¿Con qué frecuencia iba usted a la iglesia?", mejor que "¿Iba usted con frecuencia a la iglesia?". Desde luego que una eventual vacilación no importa en absoluto, e incluso puede hacer que se gane la simpatía del informante; pero mostrarse avergonzado o confundido y disculparse con frecuencia

es simplemente motivo de perplejidad; y debe evitarse especialmente plantear preguntas personales delicadas, ya que esto no sirve más que para transmitir el propio embarazo. Una pregunta indirecta o cuidadosa, previamente elaborada y confiadamente hecha, es mucho mejor. Eso demuestra que uno sabe lo que está haciendo, y favorece un ambiente relajado.

Se precisará unas maneras diferentes de formular las preguntas según se trate de establecer unos hechos específicos o de obtener una descripción o unos comentarios. Estos últimos casos requieren un tipo de pregunta "abierta", como "Hábleme de...", "¿Qué pensaba usted de...?", o "¿Puede describirme eso?". Otras entradas pueden ser "explique", "dígame más sobre...", "refiérase a...", "compare". Si se trata de un punto realmente importante, se puede animar al entrevistador con más extensión: "Muy bien, eso es...", "Cierre los ojos y haga un comentario sobre la marcha... ¿Qué ve, oye...?". También se puede sugerir una descripción física orientada a la valoración del carácter de una persona. Cada vez que a lo largo de la entrevista surja un hecho escueto cuyo desarrollo pueda resultar interesante, se puede lanzar una invitación al respecto ("¡Eso parece interesante!", o más directamente "¿Cómo?", "¿Por qué no?", "¿Quién era?"). El informante puede entonces cogerse a esa entrada. Si, tras algún comentario, se desea más, se puede enfatizar ("¡Eso es muy interesante!"), o provocar suavemente ("Pero algunos dicen que..."), o probar con una pregunta complementaria. En la mayor parte de las entrevistas es muy importante servirse de ambos tipos de pregunta. Por ejemplo, nos pueden decir, como comentario general, que "nos ayudábamos los unos a los otros", "todos los de la calle éramos una gran familia"; pero si hacemos una pregunta concreta sobre quién, de fuera de la familia, prestó su ayuda cuando la madre estaba enferma, puede quedar claro que la ayuda del vecindario no era tanto una práctica como una idea. Ir más allá de las generalizaciones estereotipadas o poco comprometidas es una de las técnicas, y al mismo tiempo una de las posibilidades, básicas del trabajo de historia oral.

Las preguntas orientativas pueden normalmente evitarse. Si indicamos nuestros propios puntos de vista, especialmente en los inicios de una entrevista, es más probable que obtengamos una respuesta que el informante cree que nos gustaría escuchar y que por lo tanto será poco fiable o equívoca en

cuanto evidencia. Hay algunas excepciones. Si sabemos que alguien tiene unos puntos de vista muy firmes, especialmente desde la perspectiva de una minoría, puede ser determinante demostrar una cierta simpatía para con ellos con vistas a iniciar la cuestión. También puede ser conveniente, de cara a facilitar algunas respuestas que pudieran ser desaprobadas de manera convencional por la mayoría de la gente, hacer una pregunta intencionada (“¿Puede hablarme de alguna vez que haya tenido que castigar severamente...?”, “¿Se llevaba a casa la mayoría de la gente materiales del trabajo en aquellos tiempos?”, o “Tengo entendido que el alcalde era un hombre de un trato muy difícil para con sus subordinados inmediatos”), que es mucho más susceptible de provocar una reacción clara que si se hace de una forma más suave, como “Sé que el alcalde era una persona muy generosa y amable. ¿Lo cree usted así?”.¹⁰ Pero semejantes preguntas son peligrosas en la mayoría de las ocasiones, y no son apropiadas por lo general. La mayoría de las preguntas se deben formular cuidadosamente para evitar sugerir una respuesta. Eso puede ser, ya de por sí, todo un arte. Por ejemplo, “¿Estaba a gusto en su trabajo?” es intencionada; “¿Le gustaba su trabajo, o no?” o “¿Cómo se sentía en su trabajo?” son neutras.

Finalmente, evitar hacer preguntas que hagan a los informantes pensar a nuestra manera y no a la suya. Por ejemplo, al tratar conceptos como la clase social, la información será una evidencia más consistente si los animamos a producir sus propios términos, y luego los utilizamos en el diálogo posterior; y si tratamos de datar los hechos en relación con su propia edad o una etapa de su vida, como la boda o un determinado empleo o domicilio.

Aun cuando vayamos a llevar o cabo un pequeño proyecto propio de historia oral, vale la pena pensar en la secuencia de los temas para las entrevistas y en la formulación de las preguntas. La estrategia de la entrevista no es responsabilidad del informante, sino nuestra. Es mucho más fácil conducirla si ya tenemos en mente una configuración básica y una pregunta lleva a la otra de un modo natural. También la facilita tener presente sobre qué necesitamos saber cosas, por más que podamos divagar. Además, para la mayoría de proyectos, necesitamos algunos datos básicos de todos los informantes (como nacimiento, ocupación, educación, matrimonio, orígenes y ocu-

pación de los padres, etc.), así como algunas preguntas complementarias sobre diversas cuestiones. Si ya hemos previsto todo eso, y podemos ponerlo en juego cuando haga falta, podremos concentrarnos más fácilmente en lo que el informante está diciendo en lugar de haber de planteárnoslo sobre la marcha.

Un listado de encabezamiento para los temas menos usuales bastará como guía a ciertos efectos. Pero si se trata de trabajo en equipo o de un proyecto comparativo a cualquier escala, es deseable un programa más elaborado o completo para la entrevista. En el apéndice de “Modelos de preguntas” se incluye un ejemplo con directrices para los entrevistadores. Dando por supuesto que ese programa se utilice flexible e imaginativamente, puede ser muy ventajoso; pues, en principio, cuanto más claro tengamos qué vale la pena preguntar y cómo hacerlo de la mejor manera, más provecho podremos obtener de *cualquier* tipo de informante. Ello es bastante obvio por lo que se refiere a la gente reservada que, ya de entrada, dice “De acuerdo con tal de que usted pregunte”; y tales informantes son bastante comunes. En tal caso podemos seguir las líneas de la programación más o menos metódicamente. Con las personas más propensas a hablar, el programa se debe utilizar de modo distinto. Si tienen una idea clara de lo que quieren decir, o de la dirección que la entrevista debe llevar, podemos seguirlos y evitar interrumpir una narración siempre que sea posible. Si detenemos una narración porque creemos que es irrelevante, cortaremos no sólo ésa sino toda una serie de posibilidades de información posteriores que pueden ser de interés. Pero, más pronto o más tarde, agotarán los recuerdos inmediatamente disponibles y, entonces, *querrán* que se les pregunte. Con esta clase de informantes puede haber necesidad de varias visitas y podemos escuchar las grabaciones, confrontándolas con los programas para ver lo que se ha cubierto y lo que merece la pena preguntar en otras sesiones. Un programa impreso se hace particularmente útil en estos casos, pero normalmente es mucho mejor conocer las preguntas, hacerlas directamente en el momento oportuno y mantener el programa en un segundo plano. Viene a ser como un mapa para el entrevistador; puede consultarlo ocasionalmente, pero lo mejor es tenerlo en mente de modo que pueda moverse con confianza sobre el terreno.

Hay ciertamente otras decisiones a tomar con antelación a la entrevista. Por ejemplo: ¿Qué equipo llevar? Para una serie de contextos, que serán la minoría de los casos, la mejor respuesta es ninguno. Incluso la toma de notas, por no mencionar la grabación, puede ser causa de prevención para algunas personas. El temor a las grabadoras es bastante común entre profesionales cuya ética laboral enfatiza la confidencialidad y el secreto, como los funcionarios o los directores de banco.¹¹ Se puede manifestar también por diversas razones entre las personas muy mayores, que experimentan una hostilidad hacia las nuevas tecnologías; entre las minorías que han sufrido persecución; o en comunidades muy cerradas, donde se teme a las murmuraciones. Algunas personas pueden poner objeciones a la grabación pero no a las notas. Aun cuando no sean posibles una ni otras, un entrevistador avezado puede aprender a retener la información fundamental y las frases clave para anotarlas inmediatamente después y no desperdiciar una entrevista. Al fin y al cabo, antes de que la grabación hiciese de ella un método comparativamente impresionista, ésta era la práctica sociológica más común.

La mayoría de la gente, no obstante, aceptará la grabadora sin excesiva ansiedad y pronto abandonará toda prevención ante ella. La grabadora puede incluso facilitar la propia entrevista. Mientras esté en funcionamiento, la gente puede tender un poco más a ceñirse a la cuestión, en tanto que los otros miembros de la familia a mantenerse al margen. Y con bastante frecuencia, una vez parada, nos pueden dar algunos datos adicionales de gran significación que, de no haberse dado la presencia de la grabadora, habrían retenido; se le da así a entender al investigador que tal información se le ofrece como complementaria, pero en plan confidencial (y como tal debe ser tratada). Al utilizar una grabadora, es importante evitar centrar la atención en el aparato. Si es nueva, hay que conocer el manual de instrucciones y haber comprobado su funcionamiento y practicado su manejo. Antes de empezar, se ha de verificar que funciona y que se dispone tanto de las cintas y accesorios necesarios como de pilas y adaptadores para enchufe.

Podemos también llevar con nosotros diversas ayudas para la memoria. Un viejo recorte de periódico o un callejero local pueden servir. George Ewart Evans lleva a menudo una herramienta. "En el campo llevo frecuentemente una vieja hoz. Con ella,

no hay necesidad de explicaciones abstractas acerca de qué vamos persiguiendo; él ve el objeto y, si hemos elegido bien, no necesitará que se le empuje para romper fuego; vamos al grano desde el principio. Igualmente, si fuese a ver a un antiguo minero, llevaría una barrena u otro de sus útiles peculiares".¹² Comoquiera que sus entrevistas se centran en los procesos de trabajo, tales herramientas son un punto de partida ideal. Si lo hiciesen en la infancia o en la familia, una prenda de vestir iría mejor; o en una biografía política, un panfleto. Esto puede al mismo tiempo estimular la localización de viejas cartas, diarios, recortes y fotografías, lo cual vale la pena promover; y puede constituir el más valioso producto paralelo de una entrevista.

La consideración siguiente es: ¿Dónde se habrá de realizar la entrevista? Debe ser un lugar donde el informante se sienta a gusto. Normalmente el mejor sitio será su propia casa, especialmente si versa sobre la infancia o la familia. Una entrevista en un lugar de trabajo, o en un bar, activará más intensamente otras áreas de la memoria y puede asimismo tener como consecuencia el paso a un nivel de lenguaje menos "respetable". Una vuelta por el distrito puede también ser recomendable y estimular otras remembranzas.

Lo mejor es, casi siempre, estar a solas con el informante. Ese carácter absolutamente privado favorecerá un clima de confianza en el que la espontaneidad se hace mucho más posible. Así ocurre por lo general cuando se trata de un matrimonio mayor muy íntimamente unido. Por supuesto no siempre es fácil encontrar un modo delicado de verlos por separado (es más fácil si se entrevista a ambos, y sobre todo si dos entrevistadores los visitan a la vez y cada uno se ocupa de uno de ellos en diferentes habitaciones).

La presencia de otra persona no sólo inhibe la espontaneidad, sino que además ejerce una cierta presión hacia un testimonio socialmente aceptable. Afortunadamente, sin embargo, eso no siempre supone solamente un inconveniente. A veces la pareja, o un hermano, puede aportar unas correcciones de la información positivamente útiles; y pueden asimismo estimularse la memoria mutuamente. Este efecto es aún más patente cuando se reúne un grupo de ancianos. Entonces, en privado, será mayor la tendencia a producir generalizaciones acerca de los viejos tiempos, pero en cuanto empiecen a inter-

cambiar historias y a discutir, pueden surgir fascinantes evocaciones. Desde luego las narraciones deben ser en parte entendidas, en una medida mayor que la corriente, desde su perspectiva artística con significados simbólicos, y muchas de ellas tenderán a referirse a *otras* personas. Pero a veces un grupo, por ejemplo en un bar, puede ser el único camino para adentrarse en el mundo oculto de una experiencia común de sabotaje o robo en el trabajo, o de los recursos secretos de los furtivos en el campo.

El grupo puede ser también un recurso útil en otras situaciones. John Saville y un estudiante se reunieron con tres dirigentes del movimiento de trabajadores en paro del Manchester de los años treinta y, en cinco horas de diálogo conjunto, reconstruyeron muchos de los puntos en blanco de la evidencia que previamente habían reunido a partir de la prensa. Con unas figuras públicas mucho más a la defensiva, como es el caso de los políticos canadienses, a Peter Oliver le resultó efectivo el examen a fondo con dos o tres entrevistadores, y David Edge se sirvió de la entrevista a tres bandas para su trabajo sobre los radioastrónomos. Beatrice Webb, aunque decididamente favorable al carácter privado en un entrevista normal, también desarrolló una técnica de "entrevista conjunta" en el ambiente más relajado de los actos sociales; con ocasión de una fiesta "incluso leyendo la mano con toda clase de resultados interesantes". Consideraba que, en la mesa o en el salón, "a veces puedes hacer que varios expertos comiencen a discutir entre ellos y de ese modo recoger más información en una hora que en todo un día de entrevistas".¹³

Una vez tomadas las decisiones preliminares, hay que ponerse en contacto con los informantes elegidos. Podemos escribirles (incluyendo un sobre franqueado), llamarlos por teléfono o ir a verlos. Siempre será más fácil si podemos decirles que alguien de su esfera social nos lo ha recomendado. Es necesario explicarles muy brevemente el propósito de la investigación. Es conveniente sugerir una posible cita para la primera visita, pero siempre dejándole la opción de proponer otra, o simplemente de rechazarla. Con una minoría de informantes, como políticos o profesionales, puede ser aconsejable exponer con más detalles las finalidades de la investigación y el uso que se piensa hacer de la entrevista. Eso les ayudará a decidir si recibirnos o no, y clarificará nuestro futuro derecho a utilizar el

material. Algunos pueden ponerse a pensar en los temas que nos interesan y repasar viejos papeles antes de nuestra visita.

La mayoría de la gente tenderá a considerar demasiado largo excusarse por carta, así que esperará hasta nuestro primer encuentro. Comencemos entonces por explicarle el tema de nuestro proyecto o libro y cómo nos puede ayudar. Mucha gente alegrará que no tiene nada de utilidad para nosotros y necesitará convencerse de que su propia experiencia es valiosa, desconocida para las personas más jóvenes cuya vida ha sido muy diferente, y esencial para la elaboración de la auténtica historia social. Algunos pueden quedarse muy sorprendidos de nuestro interés y habremos de animarlos especialmente en las primeras fases de la entrevista. Algunos plantearán explícitamente la cuestión de la confidencialidad y querrán permanecer en el anonimato. Seamos claros acerca de nuestras intenciones y respetemos toda promesa que hagamos. La mayoría de la gente confiará en nuestra discreción, y esa confianza debe ser respetada. No adjuntemos sus nombres, sin su consentimiento explícito, a las acotaciones que no los dejen —a ellos o a sus vecinos— en buen lugar.

El comienzo de este primer encuentro es por lo general el mejor momento de preguntar si podemos grabar la entrevista, si bien se puede sugerir en el contacto inicial. Algunos historiadores orales consideran el primer encuentro como una breve visita exploratoria para preparar y conocer al informante, sin utilizar la grabadora. El inconveniente es que, aun cuando se trate simplemente de establecer un primer contacto con el informante y su entorno, es difícil no entrar en materia. Se puede volver sobre lo mismo en una segunda visita, pero puede quedar forzado o afectado. Según mi experiencia personal, lo mejor es poner en marcha la grabadora lo más pronto posible una vez se empieza a hablar.

Esto suscita otra cuestión controvertida entre los historiadores orales: la calidad de la grabación. Para una grabación realmente buena, de la calidad exigida en un programa de radio, necesitaremos un buen equipo y utilizarlo debidamente. Se pueden obtener los mejores resultados con un aparato de bobinas, grabando a una velocidad no más lenta de 3,75 pulgadas por segundo (i.p.s.). Un cassette de alta calidad puede aproximarse en cuanto a la grabación (aunque no para el archivado) con un coste menor, pero un cassette barato con micrófono

incorporado se ha de desechar. Desde luego necesitaremos un micrófono separado, y vale la pena especialmente gastarse algún dinero en aras de su calidad. Antes de empezar, probablemente necesitaremos subsanar los problemas acústicos de la habitación, ajustar cuidadosamente el equipo y situar el micrófono, que puede prenderse a la ropa del propio informante o colgarse al cuello. En tanto no esté resuelto todo esto, hemos de evitar hablar del tema que queremos grabar. Aunque los productores de radio sepan hacer todo esto de un modo familiar, por lo general con gente que no conocen, es innegable que siempre añade cierta tensión al ambiente. Los periodistas no gozan del prestigio de los media para allanar esos obstáculos, ni de sus fondos para comprar el equipo, de modo que casi no tienen más remedio que conformarse con unos estándares inferiores. Pero eso no significa que no valga la pena saber cómo sacar el mejor partido del aparato de que se dispone, al igual que no hay ventaja alguna en conducir mal o en escribir a máquina con dos dedos. Y existen unas reglas elementales que mejorarán la calidad de grabación de cualquier aparato.

Antes que nada, tratar de utilizar una habitación bastante tranquila donde no haya otras conversaciones que molesten ni ruidos de fondo altos, ni problemas acústicos como los originados por las superficies duras. El tráfico exterior puede amortiguarse mediante las cortinas, pero el chisporrotear de un fuego sonará sorprendentemente alto en una grabación, sobre todo si el micrófono no está muy cerca de la boca del que habla. En su experiencia de grabaciones de dialectos en casas corrientes, Stanley Ellis constató que la radio y la televisión, el tic-tac de un reloj, o un periquito, podían:

estropear por completo una grabación... Se debe observar la acústica de la propia habitación. Una habitación pequeña, amueblada y con la colada tendida en el caballete, puede ser un excelente estudio. Una cocina chapada o enlucida puede producir una tremenda reverberación, suficiente para echar a perder toda la grabación.¹⁴

A continuación, considerar dónde emplazar la grabadora y el micrófono. Nunca colocarlos muy juntos, o de lo contrario grabaremos el ruido del propio aparato. El mejor sitio para la

grabadora es el suelo, donde no la vea el informante pero sí uno mismo, y se le pueda echar un vistazo de vez en cuando —sin prestarle demasiada atención— para comprobar si se está acabando la cinta. El micrófono no se debe colocar sobre una superficie dura o vibrante, ni demasiado lejos del que hable; la distancia idónea puede ser unos treinta centímetros de la boca. No grabar a través de una mesa de superficie muy dura. El micrófono se puede sostener con una mano firme, si nos sentamos al lado del informante, o colocar sobre un soporte, cojín o pañuelo. Todo esto se puede hacer muy rápidamente. Podemos remarcar que lo que necesitamos es la voz del informante; no el reloj, el pájaro o la radio. Y asegurémonos de que el informante se encuentra cómodamente sentado en su silla favorita. Conectemos entonces la grabadora, dejémosla rodar mientras charlamos, y escuchemos esa grabación para cerciorarnos de que su nivel está correctamente ajustado; si está demasiado bajo, el ruido de fondo cubrirá la grabación; si demasiado alto, la distorsionará. Pongámoslo de nuevo en marcha y, excepto para cambiar la cinta, dejémoslo así a lo largo de la sesión. Es una práctica desaconsejable parar el aparato mientras el entrevistado divaga o al hacer las preguntas. Y nunca debemos comenzar haciendo por el micrófono un anuncio formal (“Entrevista a...”); podemos reservar al principio un espacio de cinta para añadirlo posteriormente; pero no antes, porque podría salir al escuchar la grabación de prueba.

Ya estamos preparados para poner en juego la primera pregunta. Lo que siga dependerá en gran medida de la clase de informante, del estilo de entrevista que hagamos prevalecer y de lo que queramos saber. Pero, una vez más, hay unas reglas básicas. Una entrevista es una relación social entre unas personas que tienen sus propias convenciones, y una violación de las mismas podría romperla. Fundamentalmente se espera que el entrevistador muestre interés por el informante, le permita expresarse sin constantes interrupciones, y le facilite algún tipo de guía sobre lo que se ha de tratar si es necesario. Detrás de esto hay una idea de cooperación, confianza y respeto mutuo.

Una entrevista *no* es un diálogo ni una conversación. Todo consiste en hacer que el informante hable. El entrevistador debe permanecer en un segundo plano tanto como sea posible, haciendo simplemente gestos de aquiescencia, pero sin introducir sus propios comentarios o narraciones. No es una ocasión

para hacer alarde de conocimientos ni de encanto. Y no hemos de sentirnos embarazados por las pausas; el silencio puede constituir una valiosa manera de permitir que el informante piense más y añada algunos comentarios; el momento para la conversación llegará después, cuando la grabadora se halle desconectada. Pero desde luego existe el riesgo de llevar esto demasiado lejos, pues el informante puede vacilar al no encontrar una acogida a sus manifestaciones; encontrarse con un silencio tras haber agotado un tema es desalentador, y hace falta colocar una pregunta con firmeza antes de que eso ocurra. Pero en general no debemos hacer más preguntas de las necesarias, y de una manera clara, simple y sin premura. Hay que mantener al informante relajado y confiado; y sobre todo, no interrumpir nunca una narración. Retornaremos al punto en cuestión, si lo deseamos, una vez haya terminado su digresión, con una frase como "decía usted antes...", "Volviendo a...", o "Antes de pasar a...". Pero es axiomático, si el informante quiere coger otro hilo, estar dispuesto a seguirlo.

Continuaremos manifestando nuestro interés a lo largo de toda la entrevista. Más que decir "sí" continuamente —lo cual quedará un tanto estúpido en la grabación— es bastante fácil acostumbrarse a servirse de la mímica, asentir con la cabeza, sonreír, alzar las cejas, y mirar al informante dándole aliento. Debemos tener muy claro en qué punto se encuentra la entrevista en todo momento, y evitar pedir una información que ya se nos ha dado. Ello exige una memoria rápida y una concentración bastante intensa. Se nos puede presentar la eventualidad de tener que tomar unas rápidas notas sobre la marcha, pero es mejor arreglárselas sin esa ayuda. Simultáneamente habremos de estar vigilando la consistencia de las respuestas y su posible contradicción con otras fuentes de evidencia. Si tenemos dudas al respecto, trataremos de retomar la cuestión desde otro ángulo o de sugerir con tacto que puede haber otro punto de vista: "He oído..." o "He leído que...". Pero es particularmente importante no contradecir al informante ni discutir con él. Como observa mordazmente Beatrice Webb:

Es desastroso discutir o "alardear": al cliente se le debe permitir sacar a relucir sus cuentos imaginarios, desarro-

llar sus absurdas teorías, y utilizar los más estúpidos argumentos, sin objeciones ni expresiones de disenso o de ridículo.¹⁵

Ciertamente, cuanta más comprensión y simpatía mostremos por los puntos de vista de alguien, más posibilidades tendremos de aprender algo de él.

Hablar del pasado puede traer recuerdos dolorosos que evoquen todavía intensos sentimientos y, eventualmente, aflijan a un informante. Si eso sucede, adoptemos una actitud de apoyo, como con un amigo. Con algunos informantes puede ser más deseable dejar las preguntas más delicadas para una fase avanzada de la entrevista. Si es absolutamente esencial obtener una respuesta, esperemos hasta el final y, si es el caso, desconectemos la grabadora. Pero nunca presionemos excesivamente si un informante se manifiesta a la defensiva o reticente a contestar. Normalmente lo mejor es orientar la cuestión hacia una salida más abierta, pidiendo una valoración o una opinión sobre una experiencia, o preguntando si necesita añadir algo. Una entrevista que finalice en un tono relajado tendrá más probabilidades de ser recordada como agradable, y de dar lugar a otra.

Siempre necesitamos estar pendientes, con sensibilidad, de cómo se sienten los informantes. Si parecen intranquilos y no dan sino unas respuestas lacónicas, pueden no sentirse bien o estar cansados, o pendientes del reloj a causa de otro compromiso; en tal caso, demos por terminada la sesión lo más rápidamente posible. Evitando mirar abiertamente nuestro reloj, adaptémonos a sus horarios, y presentémonos puntualmente cuando se nos espera o de lo contrario pueden estar más tensos a causa de la espera. En circunstancias normales, una hora y media o dos horas será una duración máxima razonable. Un anciano puede no darse cuenta, por el interés de la ocasión, del peligro de fatigarse en exceso, pero luego lo lamentará y tal vez no quiera repetir la experiencia.

No nos marchemos inmediatamente después de terminar la sesión de grabación. Debemos quedarnos un momento y mostrarnos cordiales y agradecidos en correspondencia a lo que se nos ha dado. Aceptemos una taza de té, si se nos ofrece, y charlar sobre la familia y las fotografías. Éste puede ser el momento propicio para que nos presten algunos documentos. Es

también una buena ocasión para concertar otra visita. Y se puede presentar la ocasión de corresponder con alguna ayuda inmediata y práctica o con alguna indicación acerca de cómo abordar un determinado problema. Como señalaba acertadamente Ann Oakley, en ocasiones puede resultar "moralmente inexcusable" no sólo ofrecer ese tipo de ayuda, sino también compartir experiencias, hablar discretamente de nosotros mismos y de nuestras ideas.¹⁶ Es posible que ello dé lugar al inicio de una amistad. Pero procedamos con tacto y prudencia; no entremos en discusiones acerca de temas susceptibles de controversia, tales como política o el comportamiento de los jóvenes, que puedan ser causa de posteriores reticencias.

En algunos casos se nos puede ofrecer una mayor hospitalidad —un almuerzo, etc.— que quizás pueda agudizar el problema habitual de que nos sintamos obligados a corresponder, presionándonos a producir una versión "oficial" de la historia. Pero en la mayoría de los casos podemos demostrar una actitud razonable al hacer uso del material que se nos dé aun cuando nos lleve a unas conclusiones de las que nuestro informante no participe. Beatrice Webb no tenía dudas al respecto:

Aceptemos lo que se nos ofrezca... En realidad cuanto más informales sean las condiciones de la entrevista, mejor. El ambiente de la mesa del comedor o del salón es mejor "conductor" que el del despacho en horas de oficina. Una visita a tal o cual taller o fábrica puede ser una perspectiva poco halagüeña; incluso puede parecer un trabajo en balde inspeccionar una maquinaria o una planta de producción que no entendemos o que ya hemos visto antes hasta la saciedad... Pero es un error rehusar. En el transcurso de esas caminatas y esperas interminables se puede sacar a colación unas experiencias que no se habrían suscitado durante la entrevista formal en la oficina.¹⁷

Su comentario se basa en su propio trabajo de investigación, que se apartaba de la situación habitual de una entrevista, en dos sentidos: tanto entrevistadora como informante pertenecían a los niveles sociales más altos, y tenían aproximadamente la misma edad. Los entrevistadores, sean historiadores profesionales o las típicas mujeres casadas que trabajan en los sondeos, pertenecen habitualmente a la clase media y tienen entre treinta,

y cuarenta y tantos años. Sus informantes son normalmente gente corriente de la clase obrera o de la clase media y, en el trabajo de historia oral, a menudo considerablemente mayores. De modo que, a su normal modestia e incluso infravaloración de sí mismos, cabe añadir la fragilidad de la ancianidad y una especial vulnerabilidad respecto a la carencia de comodidades y a la ansiedad. Los cambios en este componente social pueden tener implicaciones en el método de entrevista, y requieren ciertas consideraciones. Por ejemplo, una entrevista entre personas de distinto sexo favorecerá a menudo la simpatía y la correspondencia. Pero hay ciertos tipos de confidencia, como las relativas a la conducta sexual, que probablemente se intercambien con más facilidad entre personas casadas del mismo sexo. Una persona muy joven, o con un aire superior, puede tener muchas dificultades para ganarse la confianza. La raza puede ser otra barrera. Y a la inversa, una persona de los mismos orígenes y ascendencia de clase obrera que el informante, tendrá ventaja en el contacto inicial, pero más tarde puede tener dificultades para hacer algunas preguntas a causa precisamente de esa esfera social común o porque la respuesta parece (a menudo equivocadamente) obvia. De igual modo podemos encontrarnos con considerables problemas de reticencia si entrevistamos a un miembro de nuestra propia familia. Las diferencias de procedencia social han de ser identificadas y, siempre que sea posible, compensadas por variaciones en el estilo de la entrevista.

El problema más recurrente es el que presenta la personalidad pública del informante. Tales personas suelen ser más tercas, más hábiles, y quizás también más jóvenes, que el informante típico. Pueden tener una idea tan poderosa de su propia historia, y de lo que interesa de ella, que no nos ofrezcan más que unas estereotipadas evocaciones. Y con frecuencia también "habrán desarrollado a lo largo de sus carreras en la vida pública una coraza protectora con que librarse de las preguntas embarazosas y, mientras parece que estén diciendo algo digno de tenerse en cuenta, en realidad tan sólo soltarán lo mínimo posible". Esto puede haberse convertido en un hábito tal que "aun tratando de ser franco y abierto, puede contestar sin pensarlo con los clichés de unas respuestas que le fueron bien en otra ocasión. Es el velo defensivo lo que el entrevistador debe penetrar".¹⁸

Ocasionalmente, la propia inocencia puede penetrar la co-
raza. "Los políticos tienen la experiencia adecuada para com-
ponérselas bien con un joven e inocente historiador", observa
Asa Briggs. Pero "un hombre muy joven puede... conseguir
de un hombre muy viejo muchas cosas que no consiguen los
miembros de su misma generación". Con más frecuencia, no
hay otra alternativa que tratar de ser "delicado y tenaz al mismo
tiempo".¹⁹ Algunas de las reglas básicas siguen siendo válidas:
el peligro de que la entrevista se interrumpa a causa de un
interrogatorio demasiado desafiante, y también las positivas ven-
tajas de, por ejemplo, una conversación informal en torno a
la mesa del comedor. No obstante, varios historiadores orales,
como James Wilkie en Méjico, Lawrence Goodwin en el sur
de los EE. UU., y Peter Oliver en Canadá, han abogado por
la necesidad de "interrogar" de un modo mucho más vigoroso.
El historiador oral, según Peter Oliver, aun evitando una pos-
tura abiertamente de "adversario":

No ha de dudar en cuestionar las respuestas que recibe
y tantear... "Venga, senador, seguro que hubo mucho
más... El señor fulano de tal aduce que...". Los políticos
tienen mucho mundo y la piel dura; pocos se resentirán
de que se les empuje a volver a examinar sus respuestas
iniciales si se hace con cierto tacto y habilidad. Y, a
menudo, sólo haciéndolo así pondrá el entrevistador al
descubierto un material realmente significativo.²⁰

Un ejemplo comparable es el que aportan los radioastrónomos
de élite entrevistados por David Edge. Combinaban una imagen
muy idealizada de la ciencia y de lo que era importante para
su historia con la actitud defensiva necesaria para el éxito en
la competitiva política de subvenciones del mundo científico.
Edge se sirvió de un método triangular en el que el radioastró-
nomo era entrevistado a la vez por él mismo, quien, como
antiguo científico y quizás amigo personal y ya conocedor de
secretos internos, estaba preparado para cuestionar los aspectos
técnicos, y por Mike Mulkay, un sociólogo profano en cuestio-
nes científicas atento a incidir en inconsistencias más amplias
y en los puntos de interés. Edge conducía habitualmente la
entrevista, ocupándose de captar los detalles, cuestionar y dis-
cutir; Mulkay intervenía como alguien "de fuera" y, cuando

la pregunta procedía de él, a menudo se producía un cambio
notable en la voz del informante. Esta técnica de discusión, en
parte depende claramente de la condición de miembros de un
mismo grupo social y, en parte, del conocimiento exacto de
hasta dónde puede llegar la presión de ese desafío.

En el extremo inverso, los principales problemas se plan-
tean a un nivel muy distinto, en realidad mucho más básico.
Un historiador europeo que esté recogiendo tradición oral en
África, opera en una cultura completamente extraña y, por lo
general, ha de ocuparse de aprender algo de su idioma y reglas
básicas. Entre los Kuba, por ejemplo, Jan Vansina halló que,
si no estaban presentes las personas indicadas, y se escogía el
lugar adecuado, tan sólo se dirían ciertas partes de la tradición
de la tribu. "Entre los Akan se han de hacer ofrendas a los
ancestros antes de recitar ciertas tradiciones, de modo que al
salir al trabajo de campo hay que ir provisto de una oveja o
un barril de ron a tal efecto". Los Bushongo han de recitar
su tradición por la noche y en presencia de las reliquias de sus
ancestros, y se les ha de ofrecer vino de palma elaborado en
casa. El historiador inglés, en su país, sabe que no ha de tratar
de entrevistar a un tabernero un día festivo ni a un sacerdote
en viernes santo, y puede concentrarse en unas convenciones
sociales no tan elementales. Tampoco ha de servirse general-
mente de intérpretes ni pagar por los testimonios. La mayor
parte de las reglas básicas, tales como evitar orientar las
respuestas y la necesidad de cerciorarse de que el informante
esté relajado, rigen en África como en cualquier otra parte; y
por lo que se refiere a la ingenuidad, incluso se puede hacer
que algunos de los problemas especiales redunden en beneficio
de la entrevista:

Debemos tratar de cerciorarnos de que el informante...
se encuentre disuadido de caer en la tentación de dar un
falso testimonio para ganarse el favor de los investiga-
dores... El informante no debe saber si el investigador
se halla interesado en su testimonio o no; puesto que si
lo sabe, lo distorsionará. Por lo tanto, no se debe recom-
pensar a los buenos informantes más que a los malos...
Además, durante la grabación del testimonio, se debe
adoptar una actitud de simpatía hacia el informante sin
manifestar, sin embargo, los verdaderos sentimientos.
Cuando yo estaba grabando testimonios en Ruanda y

Burundi, fingía no comprender ni una palabra de su idioma; el ayudante que me acompañaba explicaba al informante lo que tenía que hacer y éste recitaba el testimonio como él deseaba. Como él tenía la impresión de que yo no lo entendía, se comportaba como si lo que estaba diciendo careciese de importancia y no tenía ningún motivo para distorsionar la tradición.²¹

En cierto sentido, este ejercicio de incomunicación cultural facilitado mediante el dinero, es tanto una parodia de cómo entrevistar como uno de los peores ejemplos de búsqueda de información utilizando el cebo y las segundas intenciones que se puede hallar en la televisión de la capital del antiguo imperio. Y uno espera que los africanos no tardarán en poder crear su propia historia oral. Pero estos casos extremos sirven para ilustrar la necesidad de flexibilidad en el método, así como la posibilidad de conseguir material valioso en circunstancias extremadamente adversas.

Debemos, no obstante, volver con el historiador oral corriente, al que habíamos dejado charlando ante una taza de té. Después de marcharse, quedan tres cosas por hacer. La primera, grabar cuanto antes cualquier comentario propio sobre el contexto de la entrevista, el carácter del informante, indicaciones adicionales que se haya podido hacer a magnetófono parado, y lo que haya quedado por decir. Lo siguiente, etiquetar la cinta o el estuche y escuchar la grabación para comprobar qué información se ha obtenido y cuál se necesita todavía. En particular hay que asegurarse de que se tiene los datos básicos del informante, los cuales todo historiador habrá de conocer para utilizar esa información como evidencia: edad, sexo, domicilio y ocupación, y también las ocupaciones de sus padres. Al mismo tiempo se puede hacer una lista de nombres cuyo deletreo habría que verificar con el informante. Finalmente, si se trata de la última visita, se puede verificar tales extremos (facilitando también un sobre franqueado) junto con una carta de agradecimiento. Dicha carta se puede aprovechar también para insistir en la finalidad de la entrevista y, si procede, para referirse a los aspectos de la confidencialidad o de *copyright*. Pero en cualquier caso es una cortesía que se agradecerá. Y es de ese cuidado personal, tanto como de la pericia histórica, de lo que depende el éxito en la actividad de entrevistar.

ALMACENAMIENTO Y CRIBA

SE ha completado la grabación. ¿Cómo se han de guardar las cintas? ¿Y cómo se las debe utilizar para hacer Historia? En principio, hemos de considerar los problemas del almacenamiento y la catalogación; y después, las etapas de escribir y presentar la historia a partir de la evidencia oral.

Por ser la grabación en cinta magnética una técnica relativamente reciente, resulta bastante incierto cuánto puede durar y cuáles son las condiciones ideales para su conservación. Además, la calidad de las cintas ha ido mejorando progresivamente y, con ello, las consideraciones acerca de su almacenamiento han variado. Las buenas cintas modernas ya no tienen un soporte susceptible de desintegrarse. El problema principal ahora es evitar las sobreimpresiones y los ecos que se pueden producir durante el almacenamiento. Algunos expertos recomiendan varios métodos para reducir el riesgo de sobreimpresión, como hacer pasar la cinta por una grabadora una vez al año para que se rebobine; pero no está claro que sea una medida de seguridad que valga la pena, y puede acarrear riesgo de otros daños. De momento sólo hay dos reglas ciertas.

Primera, la calidad de la cinta a utilizar para el almacenamiento debe ser cuidadosamente seleccionada. Si se ha utilizado cassette o cinta de bobina de poco espesor para la grabación original, será esencial traspasarla para su conservación a cintas de bobina estándar o de larga duración. De lo contrario se corre el riesgo de echar a perder todo el trabajo; puede llegar a ser inaudible a causa de la "sobreimpresión" o arrugarse o romperse al utilizarlas en el aparato.

En segundo lugar se ha de tener en cuenta el lugar de almacenamiento. La cinta puede dañarse por el polvo y por una humedad o un calor excesivos. Nunca se las debe exponer a temperaturas más altas que las normales de una habitación, evitando colocarlas, por ejemplo, junto a una tubería de calefacción. Las cintas modernas no precisan de una temperatura o humedad artificialmente controladas, pero se estima que la temperatura óptima para su conservación es de 15° C, y la humedad relativa del cincuenta al sesenta por ciento.¹ Las cintas pueden también estropearse, e incluso borrarse completamente sus grabaciones, por la interferencia de una dinamo magnética potente. Este riesgo se ha de tener en cuenta en algunos edificios, así como al viajar con ellas. Pero en la práctica, para la mayoría de los historiadores, bastará con guardarlas en un armario envueltas en bolsas de polietileno, sobre un estante, con los estuches de cartón o plástico de canto, apartadas de las tuberías de la calefacción, en una habitación de trabajo confortable. Y no fumar ni comer cerca de ellas.

Todas las cintas se han de etiquetar convenientemente lo más pronto posible. Lo mejor es etiquetar el estuche, el bastidor y, en el caso de los aparatos de bobina a bobina, la cinta misma. Las cintas pueden ser etiquetadas con bastante facilidad en sus cabezas roja y verde. Sin esas precauciones se puede perder una cinta al pasarla accidentalmente a una bobina equivocada, o al colocarlas en un estuche equivocado, o incluso haciendo otra grabación sobre la original. Es por supuesto mucho mejor conservar la cinta original como *master* y hacer copia para su uso normal; y también adaptar un accesorio para que se pueda escuchar pero no grabar. En un archivo público, ambas precauciones son esenciales.

Lo que pongamos exactamente en la etiqueta dependerá de qué sistema de índice utilicemos. Si solamente tenemos unas cuantas cintas, basta con poner el nombre del informante, "Cinta uno, cara uno", "Cinta uno, cara dos", y así sucesivamente. Se puede llevar un fichero por orden alfabético que se corresponda con ella, cada ficha con el nombre de un informante y una lista de las cintas elaboradas con él. Si también tenemos transcripciones, se ahorra mucho tiempo anotando en las fichas a qué páginas de la transcripción corresponde cada cara de una cinta. Este fichero constituye un índice y un catálogo de nuestra colección, y podemos comprobar fácilmente

una cinta o transcripción, las cuales pueden guardarse asimismo en orden alfabético para facilitar su localización. El inconveniente de esto es que cada nueva entrevista, más que añadirse, se ha de insertar en la secuencia existente. Al cabo de un tiempo se hace mucho más fácil almacenar las entrevistas por orden de entrada, asignando un número a cada nuevo informante, y añadiendo el número a la ficha índice. Si decidimos numerar solamente las cintas, o bien las transcripciones, necesitaremos también un índice que nos dé el nombre de cada número de entrevista. De igual modo, si decidimos que es más útil tener el índice principal por orden numérico porque, por ejemplo, separa dos partes diferentes de nuestra colección, necesitaremos también un índice alfabético que nos dé al menos el número de la entrevista de cada informante.

Para un proyecto pequeño, todo lo que necesitaremos será uno o dos ficheros según esas directrices. Junto con la cinta se puede guardar una nota, hecha en el momento de la entrevista, con el lugar y la fecha de grabación. Y todo lo relativo a la temática general se puede recordar en una medida suficiente para saber si vale la pena consultar. Pero en la medida en que la colección aumente, y especialmente si participan más personas en su elaboración o uso, hará falta tener más información disponible de una manera sistemática.

En primer lugar, es deseable añadir al nombre del informante, bien en las fichas originales, bien en una secuencia paralela, dónde y cuándo se hizo la grabación y por quién. También es útil anotar toda variación importante en el método y en la calidad de la grabación. Si tenemos una colección de cintas de bobina a bobina, grabadas normalmente a una velocidad de 3,75, la entrada para una grabación que presentase alguna alteración sería como sigue:

Sra. Sarah JENNINGS Entrevista número 36

DIRECCIÓN 3 Gas Terrace, Woodstock
Oxfordshire

Grabada en esa dirección / en otro lugar

Entrevistador Henry Mayhew

Fechas de las entrevistas 31 Marzo 1976 (cinta 1) y 12 Abril 1976 (cinta 2)

Cintas	caras	Pgs. de transcripción	Notas
1	1	1-16	
	2	16-29	grabada a 78 (se agotó la cinta)
2	1	29-45	
	2	45-62	En malas condiciones por ruidos

Restricciones de acceso Ninguna

En segundo lugar, es interesante hacer un extracto de los datos básicos del informante, esenciales para evaluar la entrevista y que convendría encontrar junto con la misma. Desde luego variarán en cierta medida dependiendo del centro de interés del proyecto. Así, uno de índole política puede incluir entradas específicas para elecciones en que ha tomado parte o cargos que ha desempeñado; y los detalles que abarcan las listas del museo imperial de la guerra, tales como "servicios", "arma en que sirvió", "grado" o "condecoraciones", serían inapropiados en un contexto distinto. Pero la mayoría de los historiadores necesitan saber al menos cuándo nació un informante, la ocupación de sus padres, dónde vivía, si tenía hermanos y hermanas, su educación, su trayectoria profesional, su filiación política y religiosa, si se casó y con quién y si

tuvo hijos. Todo eso se puede sintetizar igualmente en una ficha:

Sra. Sarah JENNINGS

nacido/a 1913

en 7, Market Place, Woodstock

profesión del padre botero

" de la madre criada antes de casarse

hermanos 3 (uno muerto de niño)

hermanas 2

educación escuela hasta los 13

empleos (fechas)

ayudante tienda tejidos 1906-9

aprendiz modista 1909-12

modista en fábrica textil 1912-15

trabajo a domicilio de la fábrica 1915-30

política inactiva

religión eventualmente Iglesia de Inglaterra

domicilio (fechas)

7, Market Place 1893-1901

17, Oxford Street 1901-15

3, Gas Terrace desde 1915

fecha de matrimonio 1915

profesión del marido / de la esposa

mecánico de automóviles hasta 1950

guarda garaje 1950-1960

hijos 1 hija 2 hijos

Toda esa información se puede condensar, y en parte codificar, si este formulario se considera demasiado largo. Melvyn Bragg, al final de *Speak for England*, añadió un útil índice de "las personas" presentado en esta forma:

- 160 JOSEPH WILLIAM PARKIN LIGHTFOOT *n.*
Bolton Low Houses, 13 diciembre 1908 *hnos.* Dos *hnas.* Dos *l.r.* Flethcertown 1938, Kirkland 1942, Wigton 1954 *prof.* jubilado, anteriormente minero 1922, jornalero 1924, peón de cañerías, jardinero a tiempo parcial 1930, conductor Cumberland Motor Services 1942-68, tienda propia en 1950 *prof. p.* minero *e.* en Bolton Low Houses hasta los 14 años *r.* metodista *p.* laborista *e.c.* casado *h.* dos.

Las abreviaturas no necesitan explicación, excepto quizás *l.r.*, que significa "lugares de residencia".

Una tercera posibilidad es abrir una serie de fichas de contenidos. Para los proyectos organizados para seguir un programa definido de entrevista, puede resultar superfluo; las acotaciones necesarias figurarán en los datos básicos del informante. Pero cuanto más amplia y diversa se haga una colección, más necesario se hace el fichero de contenido. Uno de los ejemplos más completos nos lo ofrecen los archivos sonoros de la B.B.C.:

CAMPBELL, Beatrice, <i>Lady Glenavy (Esposa del 2.º Barón Glenavy)</i>	AA
LP28643	29.1.64
Encabezamiento.	D. H. Lawrence y su círculo: el primero de dos programas en los que recuerda algunas impresiones de su amistad con Katherine Mansfield, John Middleton Murry, D. H. Lawrence, y Frieda Lawrence.
19' 12"	
	Productor: Joseph Hone
Copyright: PF	CTIR 38700A
Anotaciones: Ninguna	
Transcrip.: TP 30.3.64	
Nota: Esta conversación fue grabada en Irlanda, y está tomada de su autobiografía <i>Today We Will Only Gossip</i> , publicada por Constable, 9.4.64	
	/sigue ...

CAMPBELL, Beatrice, <i>Lady Glenavy (Esposa del 2.º Barón Glenavy)</i>	AA
LP28643	29.1.64

Evoca el primer encuentro con Katherine Mansfield y Middleton Murry, que eran grandes amigos de su futuro marido, Gordon Campbell: apariencia y maneras de Katherine; sintió que la miraba como una intrusa en su círculo y trataba de impresionarla con una conversación atrevida; los primeros escarceos de Katherine como escritora; sufrimientos por un matrimonio desgraciado y asuntos amorosos; devoción y cuidados de su amiga Ida Baker; cómo su hostilidad hacia Beatrice se superó accidentalmente en una visita a París; los "dramas síquicos" y las discusiones en las veladas de los cafés parisinos.

Gr. 90: A través de ellos conoce a Lawrence y a su esposa, y a Koteliansky, conocido por "Kot"; cualidades que le convirtieron en amigo de Lawrence; el primer encuentro de Kot con Katherine a raíz de la pelea entre Lawrence y Frieda, y su posterior amistad; la asociación de Katherine con Murry.

— 2 —

/sigue ...

CAMPBELL, Beatrice, <i>Lady Glenavy (Esposa del 2.º Barón Glenavy)</i>	AA
LP28643	29.1.64

Gr. 145: el complicado y voluble carácter de Katherine: dos ocasiones en que "montó el número"; un fin de semana que los Campbell pasaron en la casa de campo de los Murry y que "no fue un éxito".

Gr. 220: Reminiscencias del tiempo que Katherine y Murry estuvieron de visita en la casa de campo de los Campbell en Irlanda; Murry lamenta tener que irse, pero Katherine se alegra de volver a Londres.

— 3 —

/sigue ...

Estas fichas ofrecen un sumario particularmente completo de cada artículo del archivo, pero comienzan con un breve encabezamiento. Un índice de contenido puede plantearse como breve o detallado dependiendo del tiempo que se desee invertir en él. Pero debería indicar al menos los principales lugares, grupos sociales, ocupaciones o sectores de actividad, ideologías políticas o de otra índole, aspectos personales o familiares y (más claramente que estas fichas) períodos cubiertos.

Finalmente, sobre todo cuando se trate de una amplia colección pública, puede ser necesario el establecimiento de un sistema general de índice-guía para los otros ficheros. Ahora que los archivos públicos mejor equipados están informatizando sus índices, se requerirá un asesoramiento técnico actualizado para la elección del programa más adecuado. Éste debe ser flexible y manejable; el más grave error sería un sistema diseñado a la medida de una colección determinada, ya que si se va el diseñador estaremos desasistidos. Los sistemas *key-word-in-context* son también susceptibles de crear más problemas de los que resuelven, pues los conceptos a clasificar se pueden expresar mediante palabras muy diferentes e incluso de modo indirecto o por omisión. Dado que las computadoras piensan con una consecuencia lógica muy rígida, en la práctica las palabras clave se habrán de señalar en el texto antes de poder ser seleccionadas. Eso significa que para la mayoría de colecciones de historia oral, con o sin ordenador, la catalogación será un proceso próximo al índice de nombres y materias de cualquier libro corriente. Así pues, se deberá incluir a todas las personas, lugares y organizaciones que figuran en las fichas. También se podría incluir una lista de los acontecimientos importantes. Y, aunque esto presenta muchas más dificultades, una relación de referencias a apartados temáticos. En la actualidad no existen unos modelos a seguir claramente establecidos, de modo que es importante utilizar un sistema que permita modificaciones a la luz de la experiencia. Y sobre todo se habría de diseñar para asistir, más que reemplazar, a la imaginación, la intuición y el entendimiento humanos. En la práctica, esto quiere decir que los mejores sistemas de índice y catalogación serán los que le digan al historiador qué partes de la colección compensarán un nuevo esfuerzo investigador y cuáles no. Lo ideal sería que se pudiese descartar cuanto antes todas aquellas secciones principales o apartados concretos que se refieran a unos tiempos, lugares, o temas generales distintos de los que le interesen al historiador. De modo que, antes de proceder a una catalogación de contenidos tan exhaustiva como la de los archivos sonoros de la B.B.C., sería más valioso desglosar el índice general de ese catálogo, de tal manera que "Ocupaciones"- "minería del estaño" se hallase subdividido para llevarnos a "Cornwall"- "1900-14"; o "Costumbres Populares"- "fiestas de la vendimia" a "East Anglia"- "años 1880".

Antes de que una grabación entre en un archivo público, hay que clarificar otro punto, como sugieren las entradas de dos de nuestras fichas de muestra: el del control del derecho al acceso y uso. No se trata en absoluto de una cuestión simple, en parte porque la ley del *copyright* es dudosa en sí misma, varía de unos países a otros y todavía no se la ha examinado a fondo en ninguno, pero también porque suscita las cuestiones éticas más amplias de la responsabilidad para con el informante. La postura legal es que en una grabación existen dos *copyright*; el de la grabación en cuanto tal es normalmente propiedad del entrevistador o de la persona o entidad que se la encomendó; el de la información de la grabación —las palabras del informante— es propiedad del entrevistado. Pero normalmente el consentimiento a ser entrevistado implica algún derecho a hacer uso de la información. De manera que cabría que una persona que, sabiendo que un historiador está recogiendo material para una investigación, accediese a ser entrevistada, tendría pocos fundamentos para efectuar una reclamación si se viese citada en una edición. Y en la práctica tendría muy pocas probabilidades de impedir la publicación de una cita, o de exigir una compensación por ella, a menos que la considerase sustancialmente lesiva. No es probable que una buena fe académica dé lugar a una difamación procesable, pero en cualquier caso sería absurdo provocar una querrela. También es importante plantearse detenidamente si la publicación de confidencias identificables podría causar un escándalo o habladurías a nivel local. Igualmente sería razonable la demanda de un informante si su información se hubiese utilizado en un contexto significativamente distinto del que él expuso; y también, si dio pie a un *best-seller*, que reclamase una participación en los beneficios. En el caso de la historia de una vida, la autoría del libro así como los nombres que habrían de figurar en la cubierta se tendrían que decidir desde luego conjuntamente. Por lo que se refiere a la mayoría de proyectos, habría mucho que hablar sobre este equilibrio de derechos; y la principal lección que se puede aprender es que, al explicar el proyecto a un entrevistado, habría que dejar claro no solamente su objetivo inmediato sino también el valor potencial de su información para una más amplia investigación histórica. Si la primera aproximación se hace personalmente, eso se puede confirmar en una posterior carta de agradecimiento. Un entendimiento informal de ese tipo ha

dado buen resultado en innumerables estudios sociológicos así como en la mayor parte de las publicaciones de historia oral a que nos hemos referido anteriormente. De igual modo, el hecho de que en teoría deba también existir algún *copyright* para la mayoría de los manuscritos inéditos, raramente ha supuesto un obstáculo para el libre acceso de los estudiosos a los fondos de los archivos locales y nacionales. Bien podría acontecer que la mejor política fuese dejar irresuelta la cuestión. Insistir en una transferencia explícita por escrito de los derechos legales no sólo puede inquietar a un informante sino que reducirá bastante su adecuada protección contra la explotación.

Existen, sin embargo, unos contextos en que el acuerdo formal se ha convertido en práctica usual. Éste es el caso de la radiodifusión, donde la observancia del *copyright* ha de ser particularmente cuidadosa a causa de la frecuente implicación de figuras públicas, y también debido a la influencia de las complejidades financieras del *copyright* musical. También lo preconiza la Oral History Association de los EE. UU. donde originariamente fueron establecidos los procedimientos estándar para las grabaciones con personalidades eminentes y, en consecuencia, es necesario un acuerdo preciso no sólo respecto al *copyright*, sino también a si determinadas páginas de la transcripción habrán de permanecer cerradas hasta determinada fecha o accesibles tan sólo mediante una autorización específica. En Gran Bretaña, el Imperial War Museum obtiene un preciso acuerdo por escrito de sus informantes, que con frecuencia no son simplemente figuras públicas sino sobre todo relacionadas con la seguridad. La fórmula preconizada en el opúsculo de Willa Baum para los historiadores locales americanos es relativamente simple:

Por la presente doy y cedo a la CENTRAL CITY HISTORICAL SOCIETY como donación para los fines académicos y educacionales que dicha sociedad determine las grabaciones magnetofónicas y su contenido que más abajo se enumeran.

(firmado)... (informante).

Se le puede añadir una cláusula restrictiva para parte del material:

Las partes concurrentes acuerdan que las páginas 14-16 del manuscrito y las partes de la cinta de las que las mismas han sido transcritas no serán editadas ni puestas por otro medio a disposición de nadie más que las citadas partes hasta 1995.

No obstante, "excepto en los pocos casos en que exista realmente un material delicado, esto se habría de eludir".²

El Imperial War Museum, que ha comprobado que "frecuentemente es más difícil obtener asignaciones y establecer las demás condiciones de depósito y acceso con albaceas y herederos que con los propios informantes", procura efectuar un breve intercambio de correspondencia "para atar los cabos sueltos legales" según las líneas generales siguientes:

Le escribo para formalizar las condiciones bajo las cuales el Museo se hace cargo de sus grabaciones. Le mando una lista de las preguntas que ya le hice verbalmente y le quedaría muy agradecido si tuviese usted a bien cumplimentármelas por escrito.

1. ¿Se les puede facilitar a los usuarios del Museo el acceso a las grabaciones y a las transcripciones de las mismas?

2. ¿Se puede hacer uso de las grabaciones y transcripciones mecanografiadas en los programas educativos internos y externos del Museo?

3. ¿Puede el Museo suministrar copias de las grabaciones y transcripciones a sus usuarios?

4. ¿Estaría usted dispuesto a ceder sus derechos sobre la información de las grabaciones a los administradores del Imperial War Museum? Esto permitiría solventar las cuestiones de edición o radiodifusión, si hubiese lugar a ello, sin tener que hacer referencia previa a usted. En el caso de que usted acceda, ello por supuesto no excluye la posibilidad de que usted mismo pueda hacer el uso que desee de la mencionada información.

Independientemente de que se alcance o no tal acuerdo formal, sigue existiendo una responsabilidad ética para con el informante que es quizás más importante. Antes que nada, si la grabación se realizó con una asunción implícita de confidencialidad, ésta se debe respetar. Cualquier cita de la misma que pudiese resultar embarazosa para el informante se debe

hacer con carácter anónimo, o bien con la consiguiente autorización. De igual modo, habría que procurarse una autorización siempre que se hubiese de hacer un uso distinto del que en principio se suponía: por ejemplo —en lugar de un libro de historia— una colección biográfica, un artículo en la prensa local o una emisión radiofónica. Además, cuando a los informantes les correspondiesen unas ganancias por derechos de autor, habría que asegurárselas. Habría también que hacerles saber la fecha y hora de una emisión con la antelación suficiente para avisar a sus amigos; y si se les cita en un libro extensamente, habría que hacerles llegar un ejemplar gratuito. En la medida de lo posible —y teniendo en cuenta que hay ciertas formas legítimas de publicación académica en las que eso podría ser contraproducente— habría que tener al informante al corriente del uso que se haga de su material. Un historiador oral que no desee compartir con sus informantes el placer y el orgullo de un trabajo publicado debería plantearse muy seriamente el porqué de ello, y si es socialmente justificable. Puede darse el caso de que un material se publique en una forma más popular, como un folleto local, además de en una forma más académica. Hay que aceptar que tan sólo un historiador oral muy destacado puede llegar al número de lectores de un Studs Terkel con un solo libro. Y no obstante, para el historiador que se sirve de la evidencia oral, sigue existiendo la responsabilidad ética de asegurarse de que la historia le sea devuelta a la gente cuyas palabras coadyuvaron a configurarla.

Cabría añadir que el depósito y la conservación de las cintas hay que contemplarlos a la luz de esas mismas consideraciones. Pueden ser de interés para muchas más personas que el historiador que las grabó. Hay demasiadas cintas de historia oral que permanecen en la secretaría de una sociedad local, o en un estudio privado, de hecho inaccesible para un público más amplio. Esto puede ser razonable mientras se las está utilizando para una investigación personal, pero, por lo general, sigue ocurriendo cuando ya no es el caso; en parte, porque pocos archivos nacionales o de condado han arbitrado facilidades para que se pueda escuchar las cintas. Pero el ofrecimiento de cintas originales, o de copias, a los archivos locales o a las bibliotecas públicas y universitarias, además de ser deseable en sí mismo, puede estimular la provisión de aquellas necesidades y ser el

embrión de una colección significativa: un bien que encontrará diversas aplicaciones en el seno de la comunidad.

La misma razón constituye un argumento de peso para que, cualquiera que sea su uso inmediato previsto, se realice la transcripción completa de las grabaciones como una primera etapa de la elaboración y presentación de la historia. La transcripción es sin duda una tarea cuya realización lleva mucho tiempo, además de exigir una gran destreza. Requiere un mínimo de seis horas por cada hora de cinta grabada y, si presenta dificultades dialectales o de habla, la cifra puede llegar a doblarse. En tanto la cinta no esté totalmente transcrita, cualquier persona excepto la que realizó la grabación —y que por lo tanto tiene una idea bastante clara de su contenido— tendrá considerables dificultades para utilizarla. Una ficha de contenido es en el mejor de los casos tan sólo una vaga guía para el investigador visitante; escuchar unas cuantas cintas supone varias horas; hojear las transcripciones, algunos minutos. La persona que realiza la cinta es también la que mejor puede asegurar que la transcripción sea correcta. Por ser una tarea tan larga, y por aparecer la grabación como lo más urgente, la transcripción acaba casi siempre dejándose de lado. En un proyecto apoyado por una subvención, eso puede evitarse haciendo al principio una estimación del tiempo y el equipo necesarios para la transcripción. Se habría de contar con auriculares para que el transcriptor no se distraiga con los ruidos de fondo, así como con una grabadora provista de pedal para el mando de retroceso; ambos accesorios son esenciales para transcribir a una velocidad razonable. También reducirá en una cuarta parte aproximadamente el tiempo a emplear el uso de una máquina de escribir eléctrica con memoria o de un ordenador personal, que actualmente no cuesta más, y con el que se puede conservar la transcripción en disco para poderla editar posteriormente. Es igualmente importante constatar que la labor de transcripción sólo la puede llevar a cabo una persona capacitada que lo realice en unas condiciones normales de trabajo. Su realización por una agencia que las mecanografíe por horas puede resultar ininteligible o prohibitiva. Un transcriptor ha de interesarse por las cintas, atento a expresar todo su sentido, sobre todo con el arte, determinante, de expresar las pausas orales con los signos de puntuación; y ha de tener un oído especialmente rápido. Además, se trata de un trabajo de mucha con-

centración. Y éstas no son necesariamente las cualidades de un secretario eficiente. La única manera de saber si alguien puede transcribir bien, es darle una cinta y dejarle probar.

La mayoría de los proyectos de historia oral no contarán con los recursos para pagar un transcriptor, y habrán de llevar a cabo el trabajo por su cuenta. Para un grupo muy pequeño o para un solo investigador, el proceso puede abreviarse sustancialmente aun a expensas de una mayor satisfacción a largo plazo. Entre la transcripción completa y la ficha de contenido, se sitúa la opción de una buena "transcripción abreviada"; el contenido se sintetiza detalladamente en su mayor parte, y se utiliza la cinta textual solamente cuando se trate de unas palabras tan vívidas o tan expresivas que valga la pena tenerlas en cuenta para las citas o extractos en la presentación final. Se puede también arbitrar un dispositivo de localización en el margen, bien sirviéndose de la numeración del contador del aparato (aunque desgraciadamente éstos varían incluso entre aparatos de la misma marca), bien volviendo a escuchar la cinta después de haberla transcrito y anotando los intervalos de tiempo cada cinco o diez segundos (más estándar, pero más lento).

Con todo, en última instancia, no puede haber un sustituto de la transcripción completa. Aun las versiones mejor sintetizadas se aproximan más a las notas tomadas de un archivo por un historiador diligente que a los documentos originales. Y el historiador de hoy tampoco puede saber cuáles serán las preguntas que se plantearán los historiadores del futuro, de modo que toda selección puede tener como resultado la desaparición de unos detalles que podrían ser significativos para la posteridad. La transcripción completa deberá, por lo tanto, incluirlo todo con la posible excepción de las divagaciones para comprobar el funcionamiento de la grabadora mientras se toma una taza de té o se charla del tiempo o de la salud. Deben figurar todas las preguntas. Se puede prescindir de los balbuceos para buscar la palabra adecuada, pero se debe incluir las demás vacilaciones y muletillas como "¿Sabe?" o "Ya ve". Los aspectos gramaticales y el orden de las palabras deben mantenerse tal como hayan sido pronunciados. Si no se puede captar una palabra o frase, se debe dejar un espacio que así lo indique. Éstas son unas directrices a título de orientación. Pero el auténtico arte del transcriptor radica en utilizar la puntua-

ción y eventualmente los símbolos fonéticos para transmitir el carácter del habla.

En este sentido la transcripción es una forma literaria, y los problemas que suscita son inseparables de los que presenta la cita posterior. La palabra hablada puede fácilmente quedar mutilada al ser anotada y posteriormente transferida a la imprenta. Ya es inevitable prescindir de los gestos, el tono y el ritmo y una cierta distorsión al eliminar algunas pausas, dudas o comienzos en falso en aras de hacer el texto legible. Mucho más seria es la distorsión que se produce cuando la palabra hablada se somete a las normas del lenguaje escrito a base de imponerle formas gramaticales estándar y una secuencia lógica de la puntuación. Los ritmos y las entonaciones del habla son bastante distintos de los de la prosa. Igual importancia tiene el hecho de que un habla que mantenga su carácter vivo, fresco, divagará, se saldrá del tema, para volver luego a él tras alguna frase inconclusa. En cambio una prosa directa y eficaz es sistemática, concisa, ceñida al tema. Es pues muy tentador para el que escribe, deseando dejar claro un determinado punto, desmontar una cita verbal, reorganizarla, y luego, para darle continuidad, insertar algunos nexos que nunca figuraron en el original. Se puede llegar hasta ese punto cuando el carácter del habla original la haga ininteligible. Eso es un caso extremo; pero cualquiera puede incurrir, al escribir, a menos que esté continuamente atento a ese peligro, en semejantes degeneraciones de la transcripción.

Podemos ilustrar las dificultades tomando como ejemplo uno de los primeros pasajes de *Akenfield* de Ronald Blythe, la descripción de las condiciones de vida en los años anteriores a 1914 hecha por un viejo trabajador agrícola. La visión que presenta es muy llana, muy efectiva; pero tan lacónica en los detalles que uno se pregunta hasta qué punto se ha arreglado la entrevista original:

Había siete hijos en casa y el salario del padre se había reducido a diez chelines a la semana. Nuestra casa estaba casi vacía, pero no de gente. Había un suelo de ladrillos desgastados y solamente una alfombra hecha de ropa vieja embutida en un saco. La casa tenía una sala, una despensa y dos dormitorios. Seis de nosotros, chicos y chicas, dormíamos en uno y nuestros padres y el pequeño dormían

en el otro. No había ningún periódico ni nada para leer más que la Biblia. Todas las casas del pueblo eran así. Nuestra comida era manzanas, patatas, nabos y pan, y nos bebíamos el té sin leche ni azúcar. Se podía comprar leche desnatada en la granja, pero eso era considerado como un lujo. Nadie ganaba bastante para comer por más que lo intentase. Dos de mis hermanos estaban sin trabajo. Uno tenía ocho años y ganaba tres chelines a la semana, el otro ganaba unos siete.³

Hay en estas líneas una constante secuencia lógica. Cada palabra está en su sitio y cumple una función evidente. Todas las frases están correctamente puntuadas. No hay ningún cabo suelto, ninguna divagación que transmita las sensaciones del hablante acerca del hogar de la infancia, ni la amargura o el estado de ánimo experimentados en la pobreza. Algunas frases suenan a comentarios del propio autor: "la leche desnatada... era considerada como un lujo". No hay palabras dialectales ni irregularidades gramaticales, ni una pizca de la propia idiosincrasia. El pasaje puede ser convincente pero, a diferencia de muchos otros del mismo libro, carece de vitalidad. Uno querría saber, si bien no se le ofrece ninguna indicación al respecto, en qué puntos se ha cortado la entrevista y qué elementos se ha introducido para recomponerla.

Pasemos, para contrastar, a *Where Beards Wag All* de George Ewart Evans, también acerca de las gentes de Suffolk, algunas de la misma comunidad. Es un libro de un tratamiento más directo que *Akenfield*, apoyado en unas citas en las que nos parece oír hablar a las propias gentes, incluso pensar en voz alta, a su manera, como este anciano:

Así es: aquellos jóvenes de hace años, decía, bueno... es como cavar un hoyo, decía yo, y meter arcilla y luego meter una vid encima de ella. No se puede esperar mucho, ¿verdad? Pero ahora con los jóvenes de hoy es como cavar un hoyo y meter un poco de estiércol antes de plantar: te puedes esperar que crezca algo, ¿no? Crecerá, ¿no? La planta crecerá bien. Lo que yo digo es que los jóvenes de hoy se toman un desayuno antes de irse, en aquellos tiempos muchos no lo tenían, y se toman una comida caliente en la escuela y cuando vuelven a casa casi todos se toman un buen té, ¿no? Decía yo. Estos

chicos tienen esqueleto. Bueno, sí, eso es. Si uno está bien comido eso hará tuétano y el tuétano hace hueso y el hueso hace el esqueleto.⁴ *

Aquí hemos de pararnos a escuchar, aceptar la dificultad del ritmo y de la sintaxis de su habla, rumiando, siguiendo la imagen parabólica que mantiene todo el tiempo en juego. Es cierto que este tipo de cita exige del lector un mayor esfuerzo de adaptación. Pero ello puede ser necesario, en cuyo caso generalmente así se entenderá, en aras de una mejor comprensión de lo que se dice en todos sus matices.

Evans manipula la cita tanto como Blythe. Algunas vacilaciones, pausas y repeticiones han sido probablemente eliminadas; y se ha introducido la puntuación. Pero lo ha hecho de tal modo que el habla conserva su textura. Se hace uso de la bastardilla para indicar el énfasis, y de la puntuación para unir las frases más que para separarlas. La sintaxis se ha mantenido, así como las rupturas de la secuencia. Y ocasionalmente alguna palabra ha sido transcrita de manera que deje translucir el habla dialectal. Un abuso de la transcripción fonética en una cita (no importa de qué clase social sea el entrevistado) puede conducir al absurdo; pero utilizarla esporádicamente con alguna palabra que refleje una idiosincrasia personal o un acento local (como aquí se hace con el de Suffolk) coadyuva a que el pasaje, sin dejar de ser legible, no se vea mermado en su fuerza expresiva.

Al transferir el habla a la imprenta, el historiador necesita poner en práctica un nuevo tipo de técnica literaria que permita que sus textos sean lo más fidedignos posible tanto respecto al significado como al carácter del original. Es ése un arte que el trabajo documental normalmente no requiere. Pero en otros aspectos la analogía con la cita documental establece un patrón útil. Desgraciadamente no es práctica usual en los estudios sociológicos la acotación de las entrevistas para indicar las supresiones y demás alteraciones. El historiador puede, sin embargo, persistir en el cuidado habitual en su propia disciplina representando las supresiones mediante los puntos suspensivos, las interpolaciones con los paréntesis, etc. La reordenación no puede ser aceptable si tiene como resultado

* No es posible traducir las múltiples peculiaridades dialectales de este fragmento. (N. del T.)

un nuevo significado, ajeno a la intención del hablante. Y la invención de informantes semificticios, a base de intercalar citas de unos y otros, o dividir una cita en dos, o hacer una a partir de dos, no puede ser nunca defendible por los patrones académicos; una documentación oral que la incluya puede ganar en efectismo, pero se convierte en ficción literaria: una clase distinta de evidencia histórica.

Los historiadores orales de los EE. UU. han introducido en su práctica un patrón adicional: una vez hecha la transcripción, envían a los informantes una copia para su corrección.⁵ Esto supone una clara ventaja para localizar errores simples y equivocaciones en el deletreo de nombres. También puede tener como resultado la estimulación de nuevas informaciones; los historiadores políticos que utilizan el método de entrevistas, frecuentemente las envían con ese propósito. Pero tiene también inconvenientes. Muchos informantes no pueden resistirse a reescribir la conversación original en forma de prosa convencional. Pueden también tachar frases y reformular otras para cambiar la impresión de un recuerdo concreto. Puesto que raramente se consulta en los archivos americanos las cintas originales, y es más bien la transcripción lo que se considera el testimonio oral autorizado, el proceso de corrección disminuye la autenticidad de la evidencia oral en uso. Además, mientras que algunos informantes, como las personalidades retiradas, pueden tener el tiempo y la confianza en sí mismas para corregir una transcripción larga, hay probablemente muchos más para quienes supondría simplemente una molesta imposición. A éstos, es mucho mejor escribirles pidiéndoles tan sólo algunas aclaraciones de aspectos confusos, nombres dudosos, o detalles que falten; lo cual generalmente se avendrían de buen grado a facilitar.

Al iniciar la transcripción, se puede comenzar también la clasificación del material. Lo mejor es hacer al menos tres copias de la transcripción, y una cuarta si se ha de enviar una de ellas al informante. La original se puede archivar como entrevista completa, en una serie paralela a la de las propias cintas. En cuanto a las otras copias, se las puede reclasificar, dividir, o desglosar en diferentes archivos temáticos (utilizando la tercera para los casos en que los temas se entrecruzan), según el uso que se prevea. Se puede agrupar las entrevistas completas por lugar, grupo social u ocupación. O bien se pue-

de separar los pasajes de cada entrevista que se refieran a escuela, iglesia o familia (marcando de qué página de la transcripción se sacan) y colocarlos en una serie de cajas, que pueden seguir la secuencia del programa original de las preguntas. Así, si se ha hecho una pregunta, por ejemplo, sobre asistencia a la iglesia o de cómo conocieron a sus esposos o esposas, todo el material relevante al respecto se puede localizar rápidamente en la misma caja. Pero la elección del método preciso de reclasificación debe estar en función de la forma de análisis y presentación que se piense llevar a cabo. Y es a esta cuestión final y esencial a la que nos hemos de referir ahora.